

ran por centro á Zacatecas y dirigidas por los padres Franciscanos y de la compañía de Jesus: la primera se situó en donde hoy es la ciudad de S. Luis Potosí á cuyo lugar dieron este nombre por conservar el del virey que lo fundaba y por su cercanía al cerro de S. Pedro semejante en su riqueza, al de las famosas minas del Potosí en el Perú y con los mismos cerros se fundaron los pueblos de Mesquitic, Tlaxcala de Pinos, el Venado, Charcas y San Luis de la Paz cuyo nombre perpetuaba el del virey y la paz que habia hecho con los chichimecas: la segunda colonia fué destinada á formar los pueblos de San Andres del Teul y Tlaxcala de Chalchihuites: la tercera fundó lo que hoy es la ciudad de Colotlan; y la cuarta el presidio del Saltillo. En todos estos lugares se mezclaron familias Tlascaltecas y Chichimecas con algunas de españoles en los pueblos inmediatos, á los minerales como en San Luis Potosí, Charcas, Pinos y Chalchihuites: en todos se pusieron autoridades; y se fundaron iglesias al servicio de los religiosos á quienes principalmente estaba encargada la civilizacion de los salvajes en la enseñanza de la religion cristiana y de las artes inseparables de la vida civil.

La vida errante que estos indígenas habían tenido ya por casi setenta años, sosteniendo una guerra en la que se formaban con la costumbre, como una segunda naturaleza, el hábito de derramar sangre, no cultivar la tierra ni arte alguno para subsistir, vivir solo de las producciones que la naturaleza les prodigaba sin esfuerzo alguno por su parte, no tener hogares establecidos y tomar cuantas mujeres les inspiraban sus instintos animales: todo esto era un grande obstáculo para realizar la condicion de los tratados de paz, porque su espíritu no estaba contento sino en la salvaje rusticidad en que se habia criado; pero la heroica paciencia de los religiosos venció estas grandes dificultades: Ayudados de sus mismos discípulos, de los colegios de San Martín de Tepozotlan y de la Santa Cruz en Tlal-

tecleco, los cuales entendian muy bien el idioma de estos pueblos que se trataba de civilizar, reunian aquellas tribus volantes, se les hacia asistir al santo sacrificio de la misa, que todos presenciaban con admiracion; se explicaba la doctrina cristiana en los terminos más á propósito para hacerse entender de la rusticidad de los oyentes y conmovia aquellos corazones nutridos en la maldad desde sus primeros años: á los jóvenes necesitados se les acostumbraba al canto; en que por los melodiosos acentos, se introducía en sus corazones vírgenes la savia de la verdad: despues se empleaba el dia instruyendo á la juventud en las escuelas; y enseñando á los grandes distintos oficios, para que fueran moralizando sus acciones con el amor al trabajo.

Estos no eran muy rebeldes para poner en práctica el género de vida que les aconsejaban los padres; pero les causaban muchos pesares con su inconstancia, pues con mucha frecuencia abandonaban sus quehaceres y sus casas yéndose á los montes para entregarse á la embriaguez y á los vicios que formaban su costumbre en su gentilidad. Los padres tenian que salir á buscar por las selvas estas ovejas descarriadas de su cedi, y donde las hallaban tenian que emplear cuantas ingeniosas invenciones les aconsejaba su ardiente caridad con las que al fin triunfaban de la dureza de aquellos corazones, por cuya felicidad soportaban tan crecidas fatigas. Esta constancia y abnegacion para sufrir tan penoso trabajo, con el acompañamiento de la hambre y las vigilijs, fué lo que docilitó á los terribles guerreros para los que habia sido inútil la fuerza de las armas. Con la diferencia que causaban las distintas circunstancias de los lugares, el mismo trabajo tenian todos los religiosos, los jesuitas en S. Luis de la Paz, en las misiones de Cuicame, Parras y otros pueblos por la orilla de la Laguna y los franciscanos que eran más en número, en los demás pueblos hasta el presidio de Chihuahua.

En este mismo tiempo los padres de la Compañía, redujeron tambien á las fieras naciones de los sinaloas, que se estendian á lo largo de la costa del golfo de la California, y donde, después de derroñarse mucha sangre, parecia ya imposible dominar á los numerosos pueblos que habitaban aquellas regiones desde el río de Tamazula hasta el Yaqui. Desde la entrada que Vazquez Coronado hizo á estos pueblos por órden del primer virrey, y por las inhumanas atrocidades que cometió en ellos, sus habitantes tomaron tal horror á la presencia de los castellanos, que nunca hubieran podido asentar allí pacíficamente su planta, á no haber intervenido la religion santa, para desnudar de su fiera á los naturales.

Aquellos países estaban habitados por distintos pueblos entre quienes se mantenía una constante enemistad, que contribuía notablemente á mantenerlos en la barbarie tan repugnante en que los hallaron los conquistadores, y que ellos con sus crueldades hicieron prolongar hasta nuestros días. En todos los pueblos tenían las familias sus casas, formadas de techos de bejuco ó de esteras de caña, suspendidos en horcones de madera y cubiertos con barro, pero había á mas dos casas grandes de piedra, que eran de uso común, para recogerse en ellas de noche, en una todas las mugeres y niños y en la otra todos los guerreros del pueblo, preparados con sus armas, para evitar una sorpresa de sus muchos y encarnizados enemigos.

Cultivaban el maíz y frijol de que tenían abundantes cosechas por la feracidad de las tierras: estas semillas, las frutas silvestres y los animales que cazaban, eran sus medios de alimentarse. del jugo de la tuna y del maguay y algunas veces tambien con maíz preparaban bebidas embriagantes que eran de uso común en todos los pueblos y sin distincion de personas, particularmente en las juntas que tenían para ponerse en guerra con otra tribu y el dia que salían á la campaña para

alcanzar mayor triunfo. Su arma defensiva, era un escudo de cuero de Caiman: la ofensiva era la flecha cuyos dardos, untaban con yerbas venenosas, para que su herida fuese mas grave y casi sin remedio, tambien usaban la macana y las picas de palo de brasik y para salir á la guerra se pintaban el rostro y se adornaban la cabeza con vistosos penachos de plumas de Guacamaya. Para decidir una campaña que eran frecuentes, se reunía el pueblo en una asamblea general y nocturna; y estando todos en torno de una hoguera, alguno de los ancianos ó que disfrutaban de mayor autoridad, tomaba la palabra y con discursos que no carecian de elocuencia, encendian en el corazon del auditorio el fuego del odio y la venganza contra sus enemigos. Todos aplaudian y correspondiendo con feroces gritos, concluian por perder completamente su razon á causa de sus licores embriagantes que en aquella vez eran excesivos.

Al volver de su expedicion, tenían su baile tan celebrado entre ellos, como repugnante por su carácter de barbarie: plantaban en el suelo una pica, en la cual ponian las cabezas, piernas ó brazos que habían quitado á los contrarios; y al derredor de aquellos sangrientos despojos, bailaban al monótono sonido de sus tambores, cantando las proezas de sus guerreros y prodigando afrentas á sus enemigos. En este baile tomaban parte los niños y las mugeres; pero no se permitia beber licor, sino á los varones.

A estas regiones bárbaras, despues de la entrada de Vazquez Coronado, hizo otra Francisco Ibarra, pasando la sierra de Topia con dos religiosos franciscanos y en las riberas del río Zuaqui, cerca de la costa, fabricó la villa de S. Juan Bautista de Carapoa. Este gefe se habia internado mucho en la Sonora, tratando con afabilidad y mansedumbre á los naturales; pero teniendo que volver á Chiametla con precision, se sublevaron los habitantes de los rios Ocaroiri y Zuaqui dando

muerie a los españoles de Caripoa y á los padres que acompañaban la expedición. Después se hizo otra entrada por Do Pedro Montoya, que fiaba en su valor y la práctica en esta clase de campañas; pero el murió á manos de los mismos Zuarques y los restos de su acompañamiento volvieron á refugiarse en Culiacán.

Cuando el gobernador de la N. Vizcaya D. Hernando Bazañ supo estos desastres, él mismo penetró por las posesiones de estas belicosas tribus para poblar la villa de S. Felipe de Caripoa fundada por Montoya: cada día tenían sus soldados que sostener un combate, con los muchos pueblos que denodadamente defendían sus tierras, las cuales eran taladas y quemadas sus casas: así pasó hasta el río Mayo, donde los naturales lo recibieron de paz, pero él por dejar castigadas las sublevaciones anteriores, á pesar de aquel pacífico recibimiento, los redujo á todos á esclavitud, con lo cual se exasperó el furor de aquellos pueblos, y después de grandes sudores para atraerlos á una villa civilizada, aun permanecían después de tres siglos en la vida bárbara y errante, á que los tempujo la crueldad y la codicia de Castilla. Los indígenas seguían pues haciendo sus esfuerzos por librarse de una visita tan inoportuna, y los españoles, aunque hacían algunas entradas con bastante riesgo, en busca de los ríos minerales de que se les decía estaba lleno aquel indómito suelo, volvían sin fruto á su villa de Caripoa, que no pocas veces tenían que abandonar y buscar asilo en S. Miguel de Culiacán.

En esta continua lucha estaba la provincia de Sinaloa cuando llegaron á la ciudad de Durango los donde era gobernador D. Rodrigo Rizo y Lioza, los religiosos jesuitas Gonzalo Tapia y Martín Pérez, que solicitados por el mismo se debían ocupar del mucho trabajo que se presentaba en todo el territorio de la N. Vizcaya; pero conociendo, que aun serían muy necesarios los trabajos de aquellos operarios, en los indómi-

bles pueblos de los sinaloas, les propuso á los padres el cambio de campo para trabajar; y ellos gustosos admitieron, pero que al verdadero obrero de la civilización, no le arredra la aridez del campo, ni el obstáculo de sus malezas, ni la fidelidad de las gravos penalidades que se han necesarias para volver fructífero aquel terreno ingrato, su abnegacion lo hace consagrar toda la fuerza de su voluntad y confiado espera, que el Señor que da incremento á las cosas, le volverá en sazonado fruto el centuplo de su semilla. Los varones de Dios, sin obstáculos, admitieron aquel penoso trabajo y puestos en camino pronto llegaron á Culiacán, desde donde empezaron á depositar en los corazonos el grano de su predicacion. De allí pasaron á delante y en el palmar de Mocerito como primicias que la generosidad pagaba á su celo, tuvieron un crecido número de niños, que bautizaron pasaron á Orobato y en una antigua iglesia de ranas y paja, que se conservaba, dieron principio á su instrucción, haciendo antes saber á los indígenas, que ellos no buscaban el oro ni la plata, ni penetraban en sus hogares para esclavizarlos con sus hijos y mugeres, pues iban desarmados y sin mas fin que ilustrar sus almas con los reflejos de la religion, que enseñaba quien era el Dios verdadero y el modo de servirlo, para recibir como recompensa, la felicidad suprema que no puede alcanzarse en este mundo. Todo esto era dicho con sencillez para acomodarle á la rusticidad del auditorio; pero con aquella uncion e irresistible fuerza con que la divina gracia caracteriza siempre la palabra de los que evangelizan, y los terribles guerreros que no temian el fuego del mosquito, ni el acerado filo de los cables, no pudieron resistir esta prueba de amor y generoso desinterés, al cual se rindieron con una docilidad infantil, pidiendo de rodillas las aguas del bautismo, para pertenecer á la sociedad universal que nace al pié de la Cruz, forma un solo corazón de todos sus miembros, concediendo iguales derechos al rico y al pobre, aligno

rante y al sabio, al monarca que al vasallo, al poderoso y al desvalido, y que reconociendo acepción de personas, forma verdaderamente la gran asociación de la verdadera libertad, igualdad y fraternidad, que no han podido conseguir los declamadores de vanas palabras y de utopías irrealizables.

Los dos padres se dividieron el trabajo de aquella extensa mies, que cultivaban llenos de gozo, pareciendo insensibles a la hambre, la sed, las vigiliat, la soledad, las penosas fatigas para recorrer aquellas ásperas soledades y cuantos peligros podían imaginarse en las remotas regiones que poblaban aquellas tribus gentiles acostumbradas a satisfacer los instintos de sus bárbaros corazones; y aquella misma santa alegría para superar tantas penalidades, era la arma poderosa para vencer y atraer al seno de la gran familia católica, a los incultos pueblos. Ellos admirados de la dulzura y desprendimiento de los padres, decían: estos hombres son como los *Yoris*, españoles, en el color; pero no traen armas de fuego, ni dan gritos para pedir lo que necesitan, ni buscan minas ni riquezas, ni tratan de esclavizar a nuestros hijos y mugeres, solo hablan de *Virigeva*, [así nombraban a Dios] es pues seguro, que serán sus hijos. Y con esta persuasión que se difundía de una en otra familia y de pueblo en pueblo, en grandes grupos seguían a los padres, para instruirse en la doctrina que enseñaban.

A costa de un trabajo inmenso y sin tregua, los soldados de la cruz, recogían el fruto, en proporción del celo con que sembraban, y cuando el P. Tapia vió que todos aquellos pueblos podían ya formar una sociedad regularizada, partió a México, donde consiguió del virey, D. Luis Velasco, los auxilios necesarios de ornamentos y campanas para la fundación de templos en las misiones, instrumentos para fomentar las artes y recursos pecuniarios para atender a la subsistencia de los padres. Contento el padre con estas mercedes y con el auxilio de otros dos compañeros que le habían mandado de su ca-

osa matriz de México, se volvió a sus tareas, que continuaban con bastante fruto: se llegaron a fundar como 60 templos que aunque pequeños y pobres, ostentaban el ornamento lucido de las virtudes en que iba floreciendo la nueva cristiandad. En todos los pueblos se oía a mañana y tarde cantar la alabanza del Señor y recitar la doctrina cristiana: el santo sacrificio se ofrecía diariamente con la presencia de muchos naturales: estos con gusto venían a pedir el bautismo y los que ya pertenecían a la iglesia la penitencia y comunión: muchos que habían pasado la vida arrastrados por el torbellino de sus sentimientos carnales, sin hallar nunca cumplida satisfacción a ellos, recibían el sacramento del matrimonio, con que con gran edificación vivían guardando fidelidad: se iban acobumbrando al ejercicio de las artes; y habían depuesto de tal manera su antigua ferocidad, que vivían reconciliados con los pueblos que antes se veían con odio profundo e inveterado. Tal era el aspecto que presentaba aquel campo regado con las lágrimas y el sudor de los trabajadores evangélicos; pero como si las manchas que a la tierra ha impreso la iniquidad del hombre, no pudieran lavarse sino con la sangre del hombre, aun esto faltaba en aquella tierra, en que tan abundante había sido ya el fruto cosechado con la laboriosidad de los padres; y la víctima que eligió el Señor, fué el mismo apostólico varón que había derramado sobre aquellos pueblos, torrentes de caridad y de virtud, para vencer el odio y las antiguas abominaciones de sus moradores.

Había un indio llamado *Mucababa* en el pueblo de Tovorapa, cercano a la villa de San Felipe de Carapoa, que aunque convertido a la fe de Jesucristo, aun no se desnudaba de las viciosas costumbres con que lo nutrió el paganismo: rara vez asistía con el pueblo a la misa y demás ejercicios que tenían lugar en el templo; y a las numerosas reuniones del padre Gonzalo de Tapia se sentía herido con lo más vivo de sus

afeciones para regladas, hasta concebir el criminal designio de acabar con la vida del benefactor de su nación. Empezó á renovar en su casa, las nocturnas asambleas que usaban entre ellos siendo gentiles, donde en el calor del vino concertaban el modo de saciar su encono: los invitados para ejecutar su abominable proyecto, no quisieron manchar sus manos con la sangre inocente de un justo, y entonces se resolvió á quitarse la máscara, realizando del mismo su injusta venganza, ayudado solo de los de su familia. Habiendo llegado al pueblo el padre Tapia de sus continuas expediciones, esperó á la noche que en la noche estuviera solo, y cebando su farón en aquella víctima inocente, que se ocupaba de orar por todas las almas que apacentaba con el pasto espiritual, lo hizo succumbir á los golpes de su macana, y robando de la iglesia los sagrados ornamentos, huyó con sus compañeros á los montes, para dar rienda suelta á los desordenados impulsos de su cólera.

Este escandaloso atentado, puso en alarma á muchos pueblos, que aunque inocentes, temieron ser envueltos en la venganza de los españoles, y se volvió á venir la provincia en la misma actitud hostil que tenía antes de la llegada del padre Tapia; pero el fin de este varón santo, no intimidó á sus compañeros, que antes lo tuvieron como una gloriosa corona, conforme con su vida llena de caridad, y otros muchos compañeros, corrieron presurosos á soportar las mismas fatigas, con el deseo de alcanzar la misma innarrable palma signo cierto de sus victorias. Los padres Santaren y Mendez fueron á ocupar el lugar que el padre Tapia dejaba vacante en las filas del pequeño escuadrón de milicianos evangélicos, que con tan heroica abnegación plantaban el estandarte de la cruz en las salteadas y extensas regiones de Sinaloa.

Con algunos esfuerzos, se fué restableciendo la calma, y los que huían fugitivos por el temor de las armas, se fueron resti-

tuyendo á sus hogares que habían sido abandonados, despues de convertirlos en teatro de sangrientas escenas. Entonces fué cuando se conocieron los efectos que habia causado en toda la provincia la muerte del padre Tapia y la desolacion en que quedaron los espíritus, por el huracán que causó la dispersion de sus ovejas: volvian á sus pueblos cantando en coro la doctrina cristiana, pero en su canto lúgubre y la tristeza de sus semblantes, indicaban bastante la amargura que les causó el separarse de los caminos de la gracia.

Viendo el virey Velasco, como se adelantaba la dominacion del rey de España mejor por los medios suaves y pacíficos de civilizar á los Indígenas con la eficacia de la predicacion del Evangelio, que con el estrago de las armas, y conservándose aún viva en la capital, la memoria de las fabulosas riquezas del reino de Quivira, á que se dió despues el nombre de Nuevo Méjico, se dispuso fundar allí una colonia, cuyo encargo se le dió á Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco y Zacatecas; pero cuando se arreglaba esta partida, llegó el orden del rey para que Velasco pasara al gobierno del virreinato del Perú y para sustituirlo en México, se nombró á D. Gaspar Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, que entró solemnemente á la capital, la tarde del 5 de Noviembre de 1535. (1)

(1) Torquemada part. 1.ª lib. 5 cap. 25 26 y 27 part. 3.ª lib. 19 cap. 16. Cobo lib. 5.ª hasta el núm. 28. Alegre tom. 1.ª lib. 3.ª